

Padre Juan Lehman

Humildad

1. Necesidad de la humildad para el cristiano. - De Jesucristo son estas palabras: *'Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón'* (Mat., 11,29). Así pues, Jesucristo se constituye en maestro de la humildad, y sólo de El podremos aprender esta virtud desconocida en el mundo. En éste reina la soberbia. ¿En qué hace consistir el mundo toda su sabiduría y virtud, sino en ser estimado y en dejar gran fama de sí?... No puede ser discípulo de Jesús el que no aprende de El a ser manso y humilde de corazón.

a) Sin humildad, la salvación es imposible. 'En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los cielos' (Mat., 18, 3). 'Quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado' (Mat., 23, 12). 'Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da su gracia' (I Pedro, 5, 5). Todas estas palabras de la Sagrada Escritura son suficientemente claras, y no dejan lugar a duda. 'Si me preguntas cuál es el camino para llegar a la verdad; qué es lo principal en la religión y en la escuela de Cristo, te responderé: Lo primero es la humildad. Y si me preguntas cuál es lo segundo, te responderé también la humildad. Y si me preguntas cuál es lo tercero, todavía te responderé: la humildad. Y si cien veces me preguntases, cien veces te daría la misma respuesta' (San Agustín).

b) Sin humildad no es posible adquirir las virtudes sobrenaturales de fe, esperanza y caridad. Para recibir el influjo de la divina gracia es menester arrancar del corazón la soberbia, puesto que Dios resiste a los soberbios. '¿Acaso no estáis construyendo un gran edificio que trata de elevarse no sólo hasta el cielo sino hasta el trono de Dios? Pues bien, lo primero en que debéis pensar es en el fundamento de la humildad. Cuanto más alto ha de ser el edificio, tanto más profundo ha de ser el cimiento' (San Agustín). Sólo los humildes, que creen no poder hacer nada sin el auxilio de Dios, pueden tener verdadera esperanza. Sólo los humildes, que reconocen los innumerables beneficios y el afecto paternal de Dios, pueden tener caridad.

c) Sin humildad no es posible conservarse en gracia de Dios. El hombre no puede estar indiferente y neutral ante Dios: o se postra en su presencia, o se levanta contra El. 'Y Dios ensalza a quien se postra, y arroja lejos de sí a quien se levanta' (San Agustín). Cualesquiera obras buenas que hagamos, oraciones, ayunos, limosnas, mortificaciones... se deshacen y desaparecen como el humo, si no van acompañadas por la humildad' (San Juan Crisóstomo).

2. Concepto de la humildad. - 'La humildad consiste esencialmente en refrenar el deseo desordenado de cosas grandes, y en regular la estima y el amor exagerado de nosotros mismos' (Sto. Tomás).

a) Conocimiento de sí mismo. Preciso es, por lo tanto, que la estima en que nos tenemos, corresponda a la verdad; es preciso que nos examinemos a nosotros mismos para conocernos debidamente, y entonces llegaremos a convencernos de nuestra nada; de que somos pecadores, pero hermanos de Jesucristo, por la gracia de Dios, hijos del Eterno Padre y participantes de su misma naturaleza divina. Vemos así de un lado nuestra propia miseria, y del otro la misericordia de Dios; reconocemos lealmente el bien y el mal que en nosotros se encuentra, pero dando a Dios toda la gloria del bien, y atribuyéndonos a nosotros toda la culpa del mal.

Al conocernos exactamente a nosotros mismos comprenderemos mejor el triste mundo en que vivimos y aprenderemos que nada deben esperar del mundo los fieles servidores de Cristo; que todo es, en efecto, vanidad y aflicción de espíritu; que la menor obra hecha en gracia de Dios y por amor de Dios vale infinitamente más que todas las riquezas y honras de la tierra.

A fin de llegar al exacto conocimiento del mundo y de nosotros mismos debemos exclamar con San Agustín: '¡Señor Dios, que sois siempre el mismo, que os conozca a Vos y que me conozca a mí!'. Preguntemos como San Francisco de Asís: 'Señor, ¿quién sois Vos y quién soy yo?'. Cuanto más profundicemos en el conocimiento de nosotros mismos, tanto más nos elevaremos al conocimiento de Dios; tanto más descenderemos al abismo de nuestra miseria. La luz celestial, al descubrir a nuestra vista hasta lo más recóndito, nos hará sentir vergüenza y repugnancia de todo lo que aparece como espléndido a los ojos del mundo.

b) Efectos: 1º) En nuestra alma. Una vez que hayamos adquirido este conocimiento, sabremos dominar el deseo innato de grandezas de la tierra. Ningún atractivo tendrán para nosotros las que el mundo llama grandezas y ante Dios son necesidades. Entonces aspiraremos a cosas más elevadas, es decir, al reino de Dios y a su justicia, dejando todo lo demás al arbitrio de Dios. Para aspirar al reino de Dios y su justicia, hemos de negar nuestra voluntad, hemos de someternos a la dirección de quienes nos pueden guiar por el camino del cielo, y no hemos de retroceder ante obstáculo alguno, confiando siempre en la gracia de Dios que nos conforta.

2º) En nuestro exterior. 'De la disposición interior de la humildad proceden también las señales exteriores de esta virtud, en palabras, gestos y acciones, como suele acontecer con cualquier otra virtud que se manifiesta al exterior' (Sto. Tomás de Aquino). Por ejemplo: evitar todo lo chocante, hablar poco y sosegadamente, no persistir en la propia opinión, y menos exigir que todos piensen como nosotros; no darse por sentido cuando se recibe una reprensión o una sencilla observación, sino antes bien mostrarse agradecido por aquel acto de caridad; no ser propenso a burlarse o a criticar; disculpar, siempre que se pueda, las faltas ajenas; tratar a todos con afabilidad; refrenar la curiosidad y la excesiva libertad de la vista; ocultar los carismas celestiales; escoger el último lugar cuando se halla con varias personas; desviar la conversación, cuando se escuchan elogios de sí mismo. En una palabra; la humildad viene a confundirse y a hacerse una sola cosa con aquella caridad que en frase del Apóstol 'es sufrida, es bienhechora; no tiene

envidia, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad; a todo se acomoda, cree todo, todo lo espera, y lo soporta todo' (I Cor., XIII, 4-7).

(Salió el Sembrador., Tomo III Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1947 Pag. 472-477)